

La tenebrosa ruta del golfo:

migración en tránsito por el sureste tabasqueño

Luis Alfredo Arriola Vega

Esta nota da cuenta de la peligrosa realidad que enfrentan los migrantes que en su afán por llegar a la frontera México-Estados Unidos transitan por el sureste de Tabasco. La ruta se encuentra activa desde la mitad de la década de 1980; no es un trayecto nuevo. El paso del ferrocarril por esta parte de la entidad –la vía férrea está situada a 15 kilómetros, en su punto más cercano, del límite internacional con Guatemala– le confirió relevancia temporal a este trayecto en la segunda mitad de la década recién concluida, concretamente después de 2005.¹ El auge fue pasajero porque en agosto de 2007 el ferrocarril que cubría el tramo entre Mérida y Veracruz, pasando por Campeche y Tabasco, cesó operaciones. Aunque el servicio se reanudó pocos meses después, su horario se tornó errático, situación que empeoró posteriormente. En 2010 resultaba impredecible saber cuándo volvería a pasar, pudiendo transcurrir hasta tres días antes de su aparición.

¹ La destrucción de la red ferroviaria en la región del Soconusco, Chiapas, derivada del impacto causado por el huracán Stan en octubre de 2005, fue otro factor que indujo a los migrantes centroamericanos a buscar la ruta tabasqueña para trasladarse por territorio mexicano.

La progresiva importancia de la ruta del golfo también se encuentra vinculada a la migración desde Honduras. Por una parte, está el incremento de la migración hondureña, fenómeno de reciente aparición en el contexto histórico de la migración centroamericana, y por otra parte, el hecho de que Tabasco constituye el acceso más inmediato a México para los ciudadanos de ese país. No sorprende, por ello, que un alto porcentaje de migrantes de dicha nacionalidad ingresen vía Tabasco. Según datos compilados a lo largo de los últimos cinco años por la Liga Mexicana por la Defensa de los Derechos Humanos (LIMEDDH), en la Casa del Migrante de Tenosique, el 80% de los transeúntes que hacen uso de ese albergue provienen de Honduras. El resto son originarios de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, en orden de importancia. Ocasionalmente transitan por aquí sudamericanos (sobre todo ecuatorianos, peruanos, brasileños) y también se ha detectado esporádicamente la presencia de cubanos.

Las características de esa población transmigrante o de paso son muy similares a las de otras que se internan a México por diferentes puntos. Está compuesta mayoritariamente por hombres —menos del 15% de los migrantes son mujeres según los datos de LIMEDDH—, en especial jóvenes en edades que van de los 17 a los 30 años. Durante dos años de trabajo en la zona he visto incrementarse el número de menores de edad que utilizan esta ruta, una situación preocupante si se considera que son parte de los grupos más vulnerables dentro del grueso de la población en movimiento.

Casi todos viajan en grupo y comúnmente les acompaña un guía. Esa persona no es necesariamente el coyote o pollero sino un individuo que trabaja para el coyote. También puede ser alguien que viene custodiándolos desde el lugar de origen, o en ocasiones, un repatriado o deportado que intenta de nuevo la travesía y que conoce el trayecto.

Si bien los migrantes se inclinan por viajar con compatriotas, también es posible encontrar grupos mixtos, es decir, de diversos orígenes nacionales. Invariablemente todos encuentran múltiples amenazas durante su transitar. Además de las vejaciones físicas y morales de las que son objeto por parte de algunos sectores de la población local y ciertos representantes de la autoridad, los migrantes de paso deben hacer frente a otros peligros, el más temido se personifica en los Zetas. En las siguientes líneas centro mi atención en este último asunto porque la entrada de dicho grupo en escena ha dado lugar a un cambio cualitativo radical en la migración de paso, haciendo indispensable re-pensar el fenómeno desde una perspectiva, igualmente, renovada.

Con la aparición de los Zetas, ex sicarios de los carteles de la droga, hacia 2005 en esta parte de Tabasco, ser un migrante no-autorizado en la ruta del golfo conlleva una alta probabilidad de encarar la muerte debido a la despiadada brutalidad de la agrupación. La experiencia migratoria de los que se dirigen a Estados Unidos nunca había estado marcada por tal grado de violencia. En el mejor de los casos, los migrantes que caen en sus manos deben erogar una onerosa cantidad de dinero para poder seguir su camino; en el peor de ellos pagan con la vida misma, tal como ocurrió a las víctimas encontradas en el Rancho La Victoria, cerca de la población de Arena de Hidalgo, Tenosique, Tabasco (julio de 2009). Aunque este suceso y el del Rancho San Fernando, Tamaulipas (agosto de 2010), son los únicos que adquirieron notoriedad pública, es razonable asumir que se han perpetrado otros similares, de los cuales nunca tendremos noticia. Todo apunta a que esta forma de operar es parte de una tétrica estrategia mayor por parte de poderes fácticos, subterráneos, para hacerse del control total del jugoso negocio del tráfico de migrantes y otros más.

Elemento desencadenante

Lo anterior me hace plantear la necesidad de un nuevo abordaje sobre el fenómeno, específicamente en lo que concierne a la emigración centroamericana. Resulta conceptualmente limitado considerar que las difíciles condiciones económicas constituyen el factor más determinante para que la gente emigre. Las causas (razón de ser), las condiciones en que ocurre el desplazamiento (el tránsito) y los efectos derivados de este tipo de movilidad humana sugieren que hoy en día opera otro elemento que desencadena la emigración de un alto porcentaje de centroamericanos. A falta de un mejor término, denomino a ese factor violencia para-estructural.

En entrevistas realizadas en Tabasco con mujeres migrantes de Honduras y El Salvador surge con frecuencia cómo el haber sido víctimas de extorsiones o amenazas de secuestros, el flagelo de la delincuencia común por parte de las maras, incluso la violencia doméstica, influyeron de manera contundente en la decisión de desplazarse. El clima de inseguridad en que se debaten países como Honduras, El Salvador y Guatemala está signado por el creciente impacto de grupos del crimen organizado que marcan la experiencia cotidiana, el tejido social y la psique colectiva, situación que va de la mano con un serio deterioro de las instituciones del estado (entre otros males vía la corrupción). Desde esa perspectiva, resulta sumamente preocupante la hegemonía actual de los Zetas en territorio tabasqueño y su progresiva influencia en Guatemala.

Con fundamento en lo aquí señalado quizás sea tiempo de acuñar una categoría que describa la nueva situación de los migrantes centroamericanos en tránsito, acorde con estos aciagos tiempos: refugiados que huyen de la violencia para-estructural extrema. ☹️

Luis Arriola es investigador del Área de Sociedad, Cultura y Salud, ECOSUR Campeche (larriola@ecosur.mx).